

ALASDAIR MACINTYRE

FE

is

ra a

**Alasdair
MacIntyre**

Una perspectiva esencial
para la lectura de los textos
fundamentales de la ética

**Historia de
la ética**

FE

ETI/a

PAIDÓS

Alasdair MacIntyre
Historia de la ética

PAIDÓS Esenciales

1.ª edición, octubre de 1981

1.ª edición en esta presentación, junio de 2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Alasdair MacIntyre, 2024

© de la traducción, Roberto Juan Walton

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2024

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4257-8

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 9.523-2024

Impreso en España - *Printed in Spain*



Título original: *A Short History of Ethics*, de Alasdair MacIntyre

Publicado originalmente en inglés por The MacMillan Company, Nueva York en 1966

Diseño de interior: Carles Rodrigo Studio

Sumario

Prefacio	9
<hr/>	
1. La importancia filosófica de la historia de la ética	12
2. La historia prefilosófica de «bueno» y la transición a la filosofía	18
3. Los sofistas y Sócrates	29
4. Platón: el <i>Gorgias</i>	43
5. Platón: la <i>República</i>	52
6. Posdata a Platón	72
7. La <i>Ética</i> de Aristóteles	80
8. Posdata a la ética griega	112
9. El cristianismo	141
10. Lutero, Maquiavelo, Hobbes y Spinoza	154
11. Nuevos valores	183
12. Las ideas británicas en el siglo XVIII	197
13. Las ideas francesas en el siglo XVIII	221
14. Kant	235
15. Hegel y Marx	247
16. De Kierkegaard a Nietzsche	266
17. Reformadores, utilitaristas, idealistas	280
18. La filosofía moral moderna	306
<hr/>	
Notas	331

La importancia filosófica de la historia de la ética

La ética se escribe a menudo como si la historia del tema sólo tuviera una importancia secundaria e incidental. Esta actitud parece resultar de la creencia de que los conceptos morales pueden ser examinados y comprendidos con independencia de su historia. Incluso algunos filósofos se han expresado como si constituyeran una clase de conceptos intemporal, limitada e inmutable, que posee necesariamente las mismas características a través de la historia, y hubiera, por consiguiente, una parte del lenguaje que aguarda una investigación filosófica y merece el calificativo de «*el* lenguaje de la moral» (con artículo determinado y sustantivo singular). En una forma menos artificiosa, los historiadores de la moral se inclinan con mucha facilidad a admitir que las costumbres morales y el contenido de los juicios morales pueden variar de sociedad a sociedad y de persona a persona; pero al mismo tiempo han asimilado diferentes conceptos morales, y así terminan insinuando que, aunque lo que se considera como correcto o bueno no es siempre lo mismo, de un modo general los mismos conceptos de correcto y bueno son universales.

Por supuesto, los conceptos morales en realidad cambian a medida que cambia la vida social. Deliberadamente no digo «porque cambia la vida social», ya que esto podría sugerir que la vida social es una cosa y la moralidad otra, y que existe meramente una relación causal

externa y contingente entre ellas. Evidentemente esto es falso. Los conceptos morales están encarnados en (y son parcialmente constitutivos de) las formas de la vida social. Una clave para distinguir una forma de la vida social de otra consiste en descubrir diferencias en los conceptos morales. Así, es una trivialidad elemental señalar que no hay un equivalente preciso para la palabra griega δικαιοσύνη, que se traduce generalmente como *justicia*. Y esto no constituye un mero defecto lingüístico en el sentido de que se necesita una perífrasis para obtener lo que el griego indica mediante una sola palabra. Más bien sucede que la aparición de ciertos conceptos en el habla antigua de Grecia y de otros en un idioma moderno señala una diferencia entre dos formas de vida social. Comprender un concepto, captar el significado de las palabras que lo expresan, siempre consiste, por lo menos, en aprender cuáles son las reglas que gobiernan el uso de tales palabras, y captar así el papel del concepto en el lenguaje y en la vida social. Esto sugeriría firmemente por sí mismo que distintas formas de la vida social proporcionan diferentes papeles para que sean representados por los conceptos. O al menos, ésta parece ser la situación probable de algunos conceptos. Hay, por cierto, conceptos que no cambian durante grandes períodos, y que deben ser inalterables por una de dos razones: o son conceptos muy especializados pertenecientes a disciplinas estables y persistentes como la geometría, o son conceptos muy generales necesarios para cualquier lenguaje de cualquier complejidad. Pienso aquí en la familia de conceptos representada por palabras como *y*, *o* y *si*. Pero los conceptos morales no están incluidos en ninguna de estas dos clases.

Sería un error fatal, por lo tanto, escribir como si en la historia de la ética se hubiese presentado una única tarea de analizar el concepto, por ejemplo, de justicia, a cuyo cumplimiento se dedicaron Platón, Hobbes y Bentham, quienes pueden recibir calificaciones más altas o más bajas según sus realizaciones. Por supuesto, no se infiere de aquí, y en realidad es incorrecto, que las afirmaciones de Platón sobre la δικαιοσύνη y las de Hobbes o Bentham sobre la *justicia* se encuentran totalmente desconectadas unas con respecto a otras. Hay continuidad

lo mismo que discontinuidad en la historia de los conceptos morales, y aquí reside precisamente la complejidad de esta historia.

La complejidad aumenta porque la misma investigación filosófica desempeña un papel en la transformación de los conceptos morales. No es cierto que tengamos primeramente una simple historia de los conceptos morales y después una historia separada y secundaria de comentarios filosóficos, pues el análisis filosófico de un concepto, al sugerir que necesita una revisión, o que está desacreditado de alguna manera, o que posee un cierto tipo de prestigio, puede contribuir a menudo a su transformación. La filosofía deja todo como está a excepción de los conceptos. Y como poseer un concepto implica comportarse o ser capaz de comportarse de determinadas maneras en determinadas circunstancias, alterar conceptos, sea modificando los existentes, creando nuevos o destruyendo los viejos, es alterar la conducta. Por consiguiente, los atenienses que condenaron a muerte a Sócrates, el Parlamento inglés que condenó el *Leviatán* de Hobbes en 1666 y los nazis que quemaron libros de filosofía tenían razón al menos en su estimación de que la filosofía puede ser subversiva para los modos establecidos de conducta. La comprensión del mundo moral y su transformación están lejos de ser tareas incompatibles. Los conceptos morales que son objeto de análisis para los filósofos de una época quizá sean a veces lo que son en parte gracias al examen de los filósofos de una época anterior.

Una historia que considere seriamente esta situación, y que se preocupe por el papel de la filosofía en relación con la conducta efectiva, no puede ser filosóficamente neutral. Pues no puede dejar de contraponerse al punto de vista de aquellos filósofos recientes que han querido distinguir rigurosamente la ética filosófica, como un comentario de segundo orden, de un discurso de primer orden que es parte de la conducta de la vida donde tienen lugar las expresiones morales. Al trazar una distinción semejante, estos filósofos han tratado de definir el ámbito de la filosofía de tal modo que sea una verdad conceptual que la filosofía no puede tener impacto sobre la actividad práctica. A. J. Ayer, por ejemplo, ha aludido a una determinada teoría ética diciendo que

«... se encuentra enteramente al nivel del análisis, es un intento de mostrar lo que las personas hacen cuando formulan juicios éticos; no es un conjunto de sugerencias sobre qué juicios morales deberían hacer. Y esto es cierto en relación con toda la ética tal como yo la entiendo. Todas las teorías morales [...], en la medida en que son teorías filosóficas, son neutrales con respecto a la conducta efectiva».¹

Mi oposición a este punto de vista surgirá de cuando en cuando en esta obra. Pero lo que espero que surgirá con mayor claridad aún es la función de la historia en relación con el análisis conceptual, porque es aquí donde viene al caso el epigrama de Santayana de que aquel que ignora la historia de la filosofía está condenado a repetirla. Es muy fácil que el análisis filosófico, divorciado de la investigación histórica, escape a toda rectificación. En ética puede suceder de la siguiente manera: un cierto conjunto de conceptos y juicios morales, elegido en forma no sistemática, se convierte en tema de consideración. De su estudio se deduce que el discurso específicamente moral posee ciertas características. Los contraejemplos presentados para mostrar que no siempre sucede así se consideran no pertinentes y se descartan por no ser ejemplos de un discurso moral, y se señala que son no morales indicando que carecen de las características necesarias. Sólo podemos salvarnos de este tipo de circularidad con una adecuada visión histórica de las variedades del discurso moral y valorativo. Ésta es la razón por la cual sería peligroso, y no sólo inútil, comenzar estos estudios con una definición que delimitase cuidadosamente el campo de la investigación. No podemos, por supuesto, librarnos por completo de considerar a los moralistas y filósofos del pasado en función de nuestras actuales distinciones. Dedicarse a escribir la historia de la ética obliga a seleccionar del pasado lo que cae bajo la denominación de ética tal como ahora la concebimos. Pero es importante que permitamos, en la medida en que sea posible, que la historia de la filosofía derribe nuestros preconceptos actuales con el fin de que nuestros puntos de vista demasiado estrechos acerca de lo que puede y no puede ser pensado, dicho y realizado sean descartados en vista del testimonio de lo que ha sido pensado, dicho y realizado. Tenemos que evitar el peligro de una afición estéril a las antigüedades, que supone la ilusión de poder

acercarse al pasado sin preconceptos, y ese otro peligro, tan visible en historiadores filósofos como Aristóteles y Hegel, de creer que todo el sentido del pasado consiste en que debe culminar con nosotros. La historia no es una prisión ni un museo, ni tampoco un conjunto de materiales para la autocongratulación.